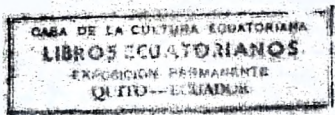


ALEJANDRO ANDRADE COELLO

LA NOVELA EN AMERICA

(Sus raíces)



QUITO — ECUADOR

1941

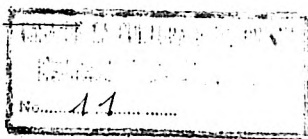
Imprenta del Ministerio de Educación

Al distinguido escritor y amigo D. Carlos B. Sevilla, Director de "La Casa de Montalvo", baluarte de cultura en América, felicitándole por su infatigable labor difusora de las glorias de D. Juan Montalvo en primera línea, y de los escritores nacionales que enriquecen la producción espiritual,

Muy atentamente,

Andrés Bello

Quito, a 2 de Septiembre de 1941



Quito — Ecuador — 1941

Imprenta del Ministerio de Educación

La Novela en América

Sus raíces

Conocido escritor y crítico peruano publicó en Chile un libro de título sugestivo: "América: Novela sin novelista". El autor no ha de asustarnos porque no se encarna contra los novelistas, que los hay magníficos en este fecundo y vasto continente. Lo que quiere es que se fundamente la novelística americana, que del rico material florezca, en los jardines de la realidad, la rosa roja de esta tierra, sin trasplante ni injerto alguno. Aspira a que el novelista tome en el Nuevo Mundo los elementos que se le ofrecen. Tiene mucha razón.

He recordado de paso a Luis Alberto Sánchez al bosquejar las raíces de la novela americana de hoy. Aventurado es citar las muchas y buenas novelas que he leído de todas las repúblicas americanas, de unas con más fervor y abundancia que otras. Tengo miedo de que falte en el catálogo alguna, lo que, siento muy humano, resiente. La lista, además, sería

fatigosa. Especialmente tratándose de los modernos, resulta vidrioso invocar a los que viven aún y trabajan. El olvido de uno siquiera, sería pecado sin absolución.

La novela, según en otro lugar demostré, nos vino principalmente de España. Se aclimató en América la picaresca. No desconozco que ahora la influencia en muchos espíritus sea rusa. De otras naciones se ha tomado también mucho, como de Francia.

La cantera americana casi está intacta. Los buenos novelistas han copiado nuestra naturaleza, han desarrollado los más variados temas dentro del marco que diríamos del paisaje y la vegetación americanos. Han descrito sus campos, aldeas y ciudades; las costumbres de los labriegos y de los urbanos, lo mismo del charro mexicano que del rastacuero argentino, del montuvío del litoral ecuatoriano que del pije o señorito chileno, del pelucón y del *roto*.

Al período romántico que engendró amores puros y paradisiacos, idilios de estudiantes, azucenas pasionales que caen tempranamente tronchadas en la tumba, sucedió la época naturalista, con todas sus crudezas, de las que abusaron, en el anhelo muy explicable de fotografiar el medio ambiente.

La novela se demoró en pintar al siervo de la gleba y le presentó como explotado y mártir de las fatigas campestres. El negro subió también al escenario: sus esfuerzos, sus duras faenas fueron puestos ante los ojos admirados del lector que entraba en un mundo nuevo, por más que conociera la literatura negroides y la poesía afro-cubana. Dígalo Ildelfonso Pereda Valdés que formó prolija antología de la poesía negra americana.

El indio proporcionó argumento para numerosas novelas, entre las que sobresalen algunas, por su colorido, por el afán de transformar al dueño de estos inmensos dominios, al pobre ser, de misérrima condición, siempre explotado y oprimido, que por siglos ha vegetado al margen de la civilización, ajeno a las más sencillas aspiraciones, sin esperanza de aurora económica, entre las sombras de resurgimiento moral y físico. Se tañó una como tiorba de este vencido monarca, más propicia a la venganza rehabilitadora, a la santa indignación que a las lágrimas.

El indio, con su burdo lenguaje y sus hábitos opacos, ha permanecido en la palestra. De la novela se ha aguzado en naciones americanas, en Ecuador, Perú y México, el arma para la reparación social del indio.

En esta corriente, plausible en el fondo, entró también no poco de la moda que

acentuó la importancia capital del tema que fue a tratarse, con sus complejos problemas, cada cual de distintas fases, en los pueblos de América, en congresos consagrados al indio. De México principalmente llegó el grito rebelde.

Escasas las novelas históricas, no obstante la riqueza de los asuntos que a lo largo de la cordillera andina pudieran aprovecharse, con el imperio de déspotas y dictadores, con los pintorescos sucesos y las tragedias que parecen inverosímiles. Con todo, se registran algunas muy apreciables de argumento netamente histórico o de inserción de episodios evidentes. También se ha ensayado la biografía novelada en nuestros días. Algunas vidas pintorescas, algunos actos grotescos de tiranos o de figurones ignorantes tienen el sabor de la novela de aventuras que limita con lo fantástico. La novela de hoy tiende a perfilar su carácter social: se está labrando el relato con cinces proletarios; se tallan esculturas y protagonistas con escoplos arrancados de talleres humildes; se apuntan conflictos, se condenan injusticias, se ahondan las diferencias de clase, entrando a la vivienda triste y obscura, a la oficina del empleado mal retribuido, al campo elegante del funcionario que consiguió su cargo con pésimas artes. Se recorren los hogares de la clase media y se ascienden podridos

peldaños de viviendas aristocráticas para establecer antitesis. Puliendo la sistematización, confirman que un soplo regenerador trata de vivificar los cuadros desconcertantes, siquiera por la protesta que asoma a los labios. De la madera del obrero, a veces con crueles hachazos, se ha intentado esculpir un Cristo moderno, blanco de inconfesadas necesidades, sacrificios estériles y explotaciones vergonzosas. Laudable que se promulguen los derechos del trabajador, que por la exhibición franca se reformen sus tugurios, que se los ventilen y alumbren, que se pida pan en abundancia para los indigentes, que se saquen al artesano, al asalariado, al peón de su aflictiva situación, que se racionalicen los hábitos higiénicos que se les redima de la ignorancia, de la superstición, del fanatismo.

Los contrastes han sido terribles; pero en las tétricas pinceladas ha entrado abundante imaginación para recargar las imágenes.

No es América una cárcel estrecha, ni el ejército de desocupados llega a la desesperación numérica. Con menos vagancia, con un poquillo de iniciativa, con un corte enérgico a la empleomanía, la enfermedad económica iría curando radicalmente. Sin dogmatizar, la novela americana guarda un fondo educador en este punto social. Ha de anotarse imparcialmente que

los derechos obreriles invocados a gritos no están reforzados por la voz de los deberes, en ejemplos heroicos, por más que broten de la novela. Así se haría conciencia americana, más por medio del combate a los vicios, que con el descarnado dibujo de morbos y monstruosidades. El obrero necesita rectificar su conducta, librarse del alcohol, formar su contextura moral, elevar su ética. La novela de este género cumpliría su misión proporcionando casos edificantes, junto a los desastres puestos ya de relieve.

No gusto de las parrafadas moralistas en el texto, ni de los sermones transcritos en esas obras al fin y al cabo recreativas: me refiero a la acción sugestiva, al trasunto edificante, al modelo para robustecer una raza.

Algunos meritísimos novelistas americanos han ensayado la novela de tesis, sustentadora de diversas doctrinas.

De Buenos Aires llegó una novela que apoya el principio de liberación humana. Se valió del cuento de dos individuos: un médico y un ex-empleado que cambiaron de nombre y vivieron dos vidas, que hicieron lo posible por no ser identificados. El arranque de independencia que da un puntapié a las preocupaciones sociales está bien definido.

Si no me hubiera propuesto —para ahorro de reclamos y quizá gratuitos ata-

ques— omitir nombres de autores y libros, con gusto citaría al novelista a que ligeramente aludo.

Hablo en estas líneas de las raíces de la novela americana, o más propiamente, de que eche raíces en este suelo, con selecta y propia semilla, de modo que crezca la novela como un árbol frondoso. Sigán en su labor, extensa y difícil, los afanosos cultivadores de la planta americana.

En múltiples ocasiones me he ocupado de no pocos paladines de la novela nuestra, de los más representativos y de los que empiezan con lozanía a ascender a la cumbre literaria, honrando al género.

Si dirigimos la mirada investigadora hacia las montañas andinas o las pampas infinitas; si tratamos de inquirir la espesura misteriosa, hallaremos novelas que por su simbolismo y corrección, por la realidad que encierran, por la curiosidad que despiertan, son modelo de belleza y de iconografía, norma ya no únicamente literaria, sino social, acentuadora del hábito libérrimo que ha de purificar estas comarcas.

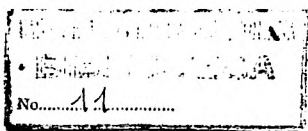
Esas novelas epónimas, llamémoslas así, han conseguido la atención de Europa, desde los tiempos en que se describían, a la manera de Chateaubriand, dramas entre las selvas, se pormenorizaban románticos idilios, como oasis en el desierto de la ig-

norancia campesina y la indiferencia rural, se apuntaban elegías estudiantiles en la sociedad de la campiña; se catalogaban dolorosamente barbaries en la lejanía forestal donde la ley no impera y la consecución de la codiciada goma, de esta básica sustancia de la industria moderna, la manicoba, el caucho, la balata, impulsaba al crimen horripilante y sin castigo; se contrastaban las salvajes bravuras del llanero con la sorda lidia del pobrete y del cesante confinados en estériles aldeas, que salen a puertos comerciales, trazando amargas odiseas y desesperadas conquistas del pan cotidiano, etc.

Se ha construido, con piedras de sillería o con frágiles adobes, algo como la epopeya de las olvidadas regiones y de sus sacrificados moradores, con el resaltamiento de inicuas explotaciones y de inverosímiles costumbres. Se ha puesto gráficamente de relieve el modo de vivir del pueblo, de gamonales y caciques, de siervos y gañanes.

Se ha planteado valientemente lo que ha de ser la plasticidad del cuento, desnudo quizá pero artístico, cáustico, pero de admonitor acicate.

Y así han surgido llaneros y guachos, rudos habitantes de la meseta andina o de los valles calientes ecuatoriales, de las densas poblaciones mexicanas o de los



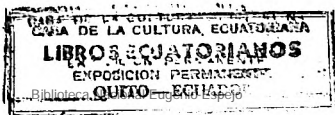
— 11 —

pagos uruguayos y de las riberas de los ríos brasileños.

Las faenas del campo, arduas y típicas, están viviendo en páginas de belleza tangible, como esculturas que la palabra burila. Los partidos políticos —los tradicionales— dieron su contribución: escenas, intransigencias, combates, crueldades entre divinos y humanos, entre familias privilegiadas y el pueblo.

El estilo ha quedado a flote, con toda su galanura y poesía. Los críticos están de acuerdo en que no existe obra alguna de arte que no sea simbólica y que talle su estilo con esmerado buril. Los libros magistrales son simbólicos: la Biblia, el Quijote, Fausto, muchos dramas de Shakespeare, la Divina Comedia, etc.

Traigamos algunos elementos de arte. "La comparación —observa Ulrich Leo— es añadidura y adorno estético dentro de la sustancia autónoma del poema; la alegoría es puente entre lo lógico y lo poético y tiene naturaleza racional; el símbolo brota del fondo de la existencia irracional y la abre a la expresión poética, salvándola casi de la prisión del silencio eterno. La comparación y con ella la metáfora es casi el traje gracioso o la capa majestuosa, que viste el objeto de la realidad, desapareciendo éste a veces bajo esta indumentaria. La alegoría es la personificación solemne de lo que como abs-



tracto y sublime desdeña presentarse, si no es transfigurado; el símbolo es la evocación mágica de lo inefable e inaccesible en la vida del mundo y del alma con medios poéticos". Agrega que toda obra de arte verdadera no puede germinar sino en suelo de simbolismo. La fotografía de lo real se pone más de resalto, reluce más por la clara visión, fiel y admirable: hace, por la magia de la poesía "sonar la oculta música de las cosas".

¡Qué asombrosas novelas de musical estilo, alguna de las que confinan con el verso! ¡Armonía de las narraciones cautivantes, de parecido absoluto, transmitidas al lector en frases de ejemplar corrección, sin apartarse por esto de la humanidad que difunden, la naturaleza que retratan, la realidad de las imágenes; sin que la sinfonía del verbo las debilite un punto!

El mundo interior, la psicología de las novelas, en nada desmerecen, si la poesía vernácula, la oración elegante las toman por su cuenta. No se opone el arte ni a las pinceladas del infierno verde, ni a los dramas oscuros del trópico, ni al horror tiránico de los dictadorzuelos que algunas ocasiones ha producido América, en la que, como en Venezuela, se han visto envueltos en el drama inteligentes e indefensos jóvenes estudiantes, ni a las feroces guerras entre blancos y colorados, entre liberales y conservadores, entre de-

rechistas e izquierdistas y otros istas, cual en las campañas aztecas, llenas de caudillos después del porfirismo: cual en el batllismo, cual en el gomismo, etc.

La tiranía de Rosas, revive, como la de Francia y López.

Tampoco el prosaísmo, la angustiosa técnica del psicoanálisis, están en pugna con la tersura de las oraciones que ilustran y ennoblecen la lengua castellana.

Lo expuesto, no tiende ni por un momento a la supresión de voces criollas, términos típicos, frases pintorescas, vocabulario americanista, lenguaje propio de cada región; pero el toque está en la medida con que se emplean. Los estudios folklóricos son de trascendental importancia. Con todo, no por el prurito de avivar el marco se han de multiplicar sistemáticamente clisés que llegan a fastidiar, descontando la vulgaridad y el descomedimiento que encierran. La apología de la decencia será siempre más limpia y duradera que la del fiemo y la grosería.

Si el artista no olvida que en la novela, retazo de vida, entra un poquillo de poesía, habrá coronado su obra bella, que en nada altera la verdad de su fondo. Si el corazón humano sale de sus profundidades, como en la eterna dualidad cervantina, no por esto se han de suprimir los pasajes en los que la poesía brota de recónditos manantiales. Junto al miedo cervical

y sanchopancesco de la aventura de los batanes y de las nocturnas escenas de Marítornes, ¡cuánta hermosura en cien episodios y mil párrafos!.. .

Palpita fresca originalidad en la novela americana. Ha creado personajes que están dando la vuelta al mundo. Por unas pocas imitaciones o transcripciones exóticas, la mayor parte del material es propio. Figuras podría citar que parecen talladas en bronce. Su auténtica modelación las perpetúa en el arte y en la existencia americanos.

Pero la mina está íntegra todavía, no obstante la activa explotación continental. La novela americana ostentará su riqueza, a medida que la comprensión popular la estimule física y moralmente.

Poco a poco ha de cobrar más hondura, de manera que las lecciones sociales viertan de suyo, las hábiles enseñanzas sean el magnífico bordado de la obra y la filofía resalte como sutil corolario de la exposición, por descarnada que fuese.

No está lejano el día en que América se ufane de la posesión de una como Biblia novelística. La planta ha echado raíces. Sus tallos son robustos. Subirán hasta la altura agobiados de sabrosos frutos.

Generalidades sobre la Novela Americana

UN PUÑADO DE NOVELAS — LA
EMOCION DEL PAISAJE — RAICES
DE LA NOVELA PICARESCA — ES-
TUDIO DEL AMBIENTE — PROLON-
GACIONES DE LA NOVELA — CA-
RACTERES DE LA AMERICANA.

Heraldos intelectuales que de lejanos horizontes me han visitado, permiten a este cronista dedicar algunos conceptos a la novela americana y aludir a la clásica española.

El autor de *Almas en la Roca* me envía su poema de la montaña: *Lirolay*, que poetiza las agitaciones del agro. No ha mucho se editó en Santiago de Chile *Orestes y Yo* de Juan Marín, que me ha favorecido con *Naufragio*, sin contar sus estudios científicos e investigaciones freudianas. Autor de varias novelas es Manuel Acosta y Lara que en *Globos de papel*, transparente las peripecias del diputado Pirulo.

También lo es Ocavio de la Suarée que desde la Habana me ha remitido **En el país de las mujeres sin senos**, acre sátira dedicada "a la juventud intelectual hispanoamericana para prevenir contra el mito de París". Ha pasado la frontera ecuatoriana la segunda edición de **Silencio del centroamericano Toruño**. A reciente fecha pertenece la novela **La Esposa de Linares que como Tierra en Sazón, Mascara, etc.** acredita honrosamente que Esther Monasterio espiga con empeño y aplauso en tan dorados trigales. Modernísimas son las estampas **Vértebra**s de Julio A. Cáceres, **Gente** de Max Dickmann. **Ternera Gaucha** de Alejandro Magrassi, **Lucha** (Historia de un hombre) de Juan García Orozco, la nueva edición de **Este era un país** de Vicente A. Salaverri, **Martuero**, editada ya en castellano, **La invención de Moral** de Adolfo B. Casares y cien más que espontánea y ágilmente vinieron a mi poder y a las que aludí ya otras veces.

Antes de hablar de nuevo de alguna de ellas, señalaré, en rápida ojeada, las tendencias de no pocos novelistas que gustan de fotografiar la vida urbana y la rural, sobre todo de la campiña uruguaya, argentina, chilena, centroamericana, de los llanos de Venezuela, de las diversas comarcas colombianas, el altiplano de Bo-

livia, la meseta andina del Ecuador o sus huertas tropicales.

Se empeñan en transmitirnos la emoción del paisaje, deslumbrados ante las galas de la naturaleza, sintiendo el panorama de las tumultuosas ciudades y la hermosura tranquila de las soledades agrestes. No puede prescindirse del paisaje americano, porque para intimar en el trato de sus habitantes hay que empezar por conocer la casa. Arte supremo es comunicarnos la pompa del escenario, inducirnos a entrar en el alma de las cosas. De tener tiempo, formaría espléndida antología CON TROZOS DESCRIPTIVOS del paisaje de América que guarda todavía recónditas bellezas.

Pero se ha de dar variedad a los escenarios, sin prurito sistematizador, porque incurriríamos en amaneramiento y en monotonía, por la repetición de asuntos, ya que *mutatis mutandis*, todos habrían de parecerse. Por esta razón, dirigiéndose a los novelistas juveniles, amonéstales Arturo Torres Rioseco: eviten toda fórmula "por halagüeña que sea". Al concretar más el punto, añade el crítico:

"Este consejo no sería sino el producto de la observación de las mejores obras que han aparecido entre nosotros en los últimos veinte años. Azuela y Martín Luis Guzmán concretan el sentido de la revolución mexicana, pero sus continua-

dores no logran dar mayor prestigio a la materia; Rivera no tiene antecedente para su VORAGINE, Ricardo Güiraldes acierta saliéndose del marco estrecho de la concepción de novela gauchesca; Pedro Prado transforma sus ímpetus líricos en obra de ficción. Cuando el tema se hace acervo común, se empobrece, se limita a la imaginación del autor, se cae en el defecto de la repetición infinita. Esto es lo que ha pasado a los jóvenes ecuatorianos con el tema indígena; a los argentinos anteriores a Güiraldes, con el gauchesco; a los mexicanos, con el de la revolución. Estas observaciones que se me ocurren acerca de la novela, se podrían aplicar también a la poesía lírica de América, cuya pobreza estos últimos años, gracias a las fórmulas europeas, es verdaderamente desesperante.

“El tema americano es abudantísimo y se demuestra palpablemente en el afán que existe entre los escritores extranjeros por escribir sobre nuestras cosas. No necesitamos entonces recurrir a fórmulas importadas, ya que entre fondo y forma debe haber una correlación especial, un ritmo propio. Es frecuente oír en bocas de críticos norteamericanos y europeos opiniones de esta naturaleza, al hablar de nuestros escritores: “no agregan nada a lo que ya conocíamos de España y Francia”. Creo que en estos treinta y nueve años

del siglo presente el sentido americanista de nuestra literatura nos ha dado una alta representación en las letras universales y debemos mantener ese tono de sinceridad, pero al mismo tiempo se nos impone, como necesidad absoluta, la variedad temática y la diferenciación estilística."

Carlos B. Quiroga en su *Lirolay*, describe con arte el fogón de la estancia de Caspicuchuna, las faenas en los corrales, la tarea del ordeño, la manera de señalar a los terneros partiéndoles la oreja, la apertura de las tranqueras para dejar en libertad al ganado, el encabritarse de los potros chúraros, la llegada de jinetes que desmontan de hridones sudorosos; los sueños de la linda Lirolay, hija de doña Pancha, enamorada de la sombra de un cantor de la montaña, al que celoso va a buscar Jonás. Esto da idea de la técnica de un novelista entusiasta por la naturaleza y la decoración campestre, sin prescindencia del palpitar psicológico de sus héroes. Quiroga opina que "en la novela no hay otra categoría que la artística, vale decir, la eficacia en la idealización del hombre y del medio social y natural donde actúa. Ello significa que en toda novela lo principal es el hombre y el sentimiento de la vida".

La cantera es inagotable, ya tomen las novelas como asunto el bullicio complejo de la ciudad, con sus miserias oroleles-

cas o astrosas; ya la tranquilidad poética del campo que el racional profana con sus abusos, que no por esto desmerecerá la substancia elegida ni habrá temor de que se establezca prelación al averiguar las excelencias de éste o aquél ambiente. A la postre, el secreto del triunfo consistirá en el procedimiento, cualquiera que sea la trama dramatizada que elija el artista novelador, dentro también de cualquier palenque de lucha.

Cosas al parecer pequeñas, de sencillo humorismo, ejecutadas por personajes humildes, por maleantes y mendigos, tomadas en el crisol del arte se agigantarán, nítidas y seductoras. Con un loco soñador y un candoroso labrigo, Cervantes buriló maravillas, cincelándolas en bronces y mármoles para levantar el monumento de la humanidad.

La novela picaresca española, pongo por caso, no desmerece por que entró en los bajos fondos sociales, obtuvo copia de las grotescas costumbres de la época, destapó los techos de las casas y anduvo entre ciegos gallofeantes, tacaños, zarrapastrosos y prosélitos de Monipodio, en el reflejo social de una clase. Al contrario, proporcionó materia para estudios sociológicos modernos y deducciones acerca de los caricaturescos personajes que representan la inacabable antítesis de la vida.

A las aventuras de un pícaro recurre Mateo Alemán para presentarnos amplias páginas de "entrenamiento", en las que intercala parrafadas morales, sin que las variadas situaciones del inquieto protagonista, que recorre la escala social, sea óbice para entrar en la penuria colectiva. Lo mismo aseguraría de *La Pícaro Justina*, no obstante su empeño humorístico que se roza con la vulgaridad.

Reminiscencias de España, especialmente de Andalucía, en las *Relaciones de la vida del Escudero Marcos de Obregón* de Vicente Espinel, evocador de cuanto le aconteciera en sus correrías que arrojan la experiencia del trato con diversos caracteres y la complejidad del corazón humano.

Por esas divertidas obras se trasluce la causa de la postración económica española, sacudida por bruscos eventos que le separan de la Edad Media. Va modificándose el intercambio directo, agonizan feudalismo y fuero de las ciudades libres, lo que produce la crisis consiguiente. Se debilitan los gremios del pasado. Aparecen aplicaciones del capital a la industria. Hasta entonces, el dinero servía casi únicamente para el comercio o para préstamos usurarios. Todo esto intensifica el trastorno del nuevo orden de cosas que se alejaba lentamente del medioevo. La pobreza era enorme. Ricos y no-

bles habían venido a menos. Las novelas se acogen a este argumento. Personajes de campanillas y de talento mendigaban, convertíanse en parásitos de sus criados. Por la necesidad, suprema inspiradora, crece el espíritu de aventura. La iglesia o el ejército son ocupaciones favoritas. De vánanse el cerebro los arbitristas imaginando planes para mejorar la economía nacional y obtener recompensa en la Corte a la que siguen como sabuesos cuando los reyes se movilizan o cambian de cabecera.

Grandes acontecimientos dejan huella en la literatura española. Sacuden el espíritu la odisea de Colón y la Reforma, de orden material y geográfico: la una moral, dogmática la otra, pero que, en el fondo, se dan la mano, por los horizontes físicos y anímicos que despejan. El ayer se despide por grados para ceder el paso a nuevas apreciaciones universales. Causa estupor la invasión de ideas exóticas, de corrientes literarias, de escuelas extranjeras, que de afuera llegan y circulan tímidamente hasta disfrazadas de catolicismo, como en la América, en los albores de su emancipación, la rebeldía se puso libre de fernandismo.

A pesar de que algunos escriben para el pueblo desde plano superior, la novela revoluciona desde abajo, aunque sin mayores inquietudes para España, que se

declara cada vez más ardiente defensora de sus viejas y aceradas creencias. Su férrea devoción se muestra cruel. El pensamiento, por lo común, está refugiado en los santuarios y se encarna en sus representantes. Gente de iglesia y sacerdotes son casi todos los grandes literatos. Viste hábito talar el fecundísimo Lope de Vega, figura como canónigo Góngora, sacerdote es Vicente Espinel, frailes Tirso de Molina, Agustín Moreto, Gracián. ¿Qué decir de Calderón de la Barca, auscultador del corazón humano con sus enredos de capa y espada? Hasta Hortensio Paravicino, tenido como el iniciador del culteranismo, no es seglar.

Poderosos reyes dan muestras de religiosidad exagerada, que llega a la renunciación, como Carlos V que se despoja de sus imperiales ornamentos y menosprecia su áurea corona de resplandor solar para encaminarse a la quietud austera del claustro de Yuste; como Felipe II, el poderoso monarca que mata sin piedad, pero reza al mismo tiempo, sin aplacar la persecución a los reformadores, sin dejar de punir el delito de heterodoxia. Otros son muy débiles de carácter como los Felipes III y IV que causan tantos daños a su patria: el primero con las desventajosas negociaciones con Francia e Inglaterra, la expulsión de los moriscos de Valencia y después de todo el reino, con

el plazo fatal de tres días, medida matadora en lo económico; la cobarde entrega de su gobierno a Francisco Sandoval y Rojas, el que luego sería el célebre duque de Lerma; la impuntualidad en el exiguo pago a los soldados, el derroche en fiestas suntuosas. De aquí arranca la decadencia española. Felipe IV contempla, con pena, desmembrarse su territorio, pero sueña incabables guerras y luchas intestinas y hasta atentados contra su persona, deja que Olivares cause enormes daños a la abatida nación y ejerza venganzas, en tanto que el monarca se entrega a la caza, no economiza diversiones, no disimula sus devaneos amorosos, ni se ruboriza con tantas demostraciones desgraciadas de su reinado, como el infamante patíbulo para Rodrigo Calderón. La novela nunca puede aislarse de la atmósfera que respira, sobre todo la popular.

Un soldado sale, pujante e indeclinable, a librar grandes batallas, movido por su temperamento belicoso: Iñigo de Loyola, que tanta influencia alcanzará en los espíritus y, por lo mismo, en el reino de la idea, del gusto y del magisterio absorbentes. El trascendental suceso organiza incondicionalmente una legión de paladines implacables. Se restablece el Tribunal de la Inquisición que hizo tabla rasa de las letras españolas, llegando a zaherir o

encarcelar hasta a los religiosos, a destruir libros en autos de fe más temerarios que el del cura y el barbero en la biblioteca quijotesca, a sembrar pánico.

Tampoco han de pasar inadvertidas las consecuencias del Concilio de Trento, del que toma viada un nuevo período en los anales literarios.

Las trascendentales agitaciones políticas y sociales en el siglo décimo sexto ponen en evidencia muchas miserias. Palpitan en documentos impresos, sobre todo en la novela, si, con ojos analíticos, nos remontamos a las fuentes inspiradoras.

Los escritores, para salvarse de la hoguera, se ven precisados a buscar símbolos, a referirse, como en juego y simulando superficialidad, a escenas entretenidas que encubren sutil intención, a derrochar picantes gracejos para no fluir anatemas, poniendo en boca de plebeyos y granujas cuanto entresacan del vicio y la pilatuna. Estudios cervantinos creyeron descubrir alusión política y transparencia alegórica en varios pasajes del caballero andante. Esto se tolera, mas no los estudios filosóficos que aludan al dogma, el avance científico que rompa tradiciones o algo que intente disidencia de exégesis.

Las guerras religiosas están al orden del día. Ruidos bélicos, gritos de somatén son favorita distracción española,

en tanto que el hambre hace su agosto, no sólo en la Península, sino en Italia. El infortunio de ambiente se refugia en el arte, incomprendido y mal pagado, como en alcázar hermético. Cuando sale a la palestra, la riña toma cuerpo: disputan la propiedad de las obras, se arañan, no disimulan la sorda envidia. Alusiones personales, comidilla frecuente.

Sin embargo, despuntan los genios, por más que el secreto de sus vidas sea desgarrador cuando no se han refugiado en su convento o han vendido su orgullo. Acosados por la pobreza, buscan destínillos, tratan de inspirar lástima. Pocas manos generosas se tienden en su auxilio. Divinos creadores, agrandan las chispas de sus cerebros luminosos, pero, dueños de tesoros intelectuales, no pueden conquistar un puñado de oro y recurren a la dedicatoria suplicante, al favor de algún noble, de algún raro Mecenas.

En Inglaterra, la intolerancia puritana convierte al teatro en cabeza de turco. Iracundos predicadores protestan contra los dramaturgos. La escena se vuelve sombría por las maldiciones "contra las obras de perdición".

Al fin destella el alba del Renacimiento. Atruenan los espacios con su carcajada satírica el gran Cervantes, como más

tarde, en ambiente corruptivo, lo hará Voltaire.

Entonces entra en auge la novela picaresca, que es brote de dolor disimulado. Azares de fortuna los relatados por Jerónimo Alcalá Yánez. Don Antonio Enrique Gómez nos trasmite las impresiones de su Gregorio Guadaña. Otro picaresco novelista nos familiariza con Estebanillo González. Pululan autobiografías que en forma novelesca exponen al público cuanto les aconteciera en su tumultuosa y recia peregrinación.

La sátira de Luis Vélez de Guevara arroja luz para burlarnos de no pocas miserias madrileñas, gracias a la mágica travesura del diablillo que libertara el estudiante Cleofas.

Para los manantiales del género, habría que remontarnos a *La Celestina*, modelo de muchas obras de ingenio y sutilezas.

Valiosas deducciones convida a trazar el *Lazarillo de Tormes* que señala el camino para estas travesuras autobiográficas. Ni al autor de tan celebrada obra ha podido descubrirse. Suenan nombres como los del poeta Diego Hurtado de Mendoza, de fray Juan de Ortega y de Sebastián Horozco, en el afán de aclarar el misterio literario.

Quevedo, que se chacotea en sus *Sueños* de los pecados de su tiempo, confirmaba

la realidad del ambiente hispano valiéndose de su astuto don Pablos, al servicio de un joven de la nobleza. Pronto se da a la mendicidad y rufianería.

El inmortal Cervantes, en el terreno que hoy con tanto cuidado se informa en los laboratorios psicoanalíticos de los menores descarriados y sus tendencias, logra coronar interesante novela picaresca con los granujas Rinconete y Cortadillo, una de las ejemplares. Allí se conoce el hampa de Sevilla que mangonea Monipodio.

Sátira social de otra escala, más tarde será de innegable eficacia la de P. Isla, saludable en sus burlas y reparos a los Zotes, para condenar, burla burlando "los malos métodos pedagógicos, la afectación en el estilo" y otros abusos, tan evidentes, que la Inquisición captura los ejemplares del célebre Fray Gerundio.

Estas rápidas normas, demuestran que en la novela cualquiera que sea la trama, depende, para su buen éxito, de quien borda la tela, aunque reproduzca episodios bajos y burdos como se hallan en los tugurios de la gitanería picaresca y viciosa. Por el genio resplandece el primor de la obra, llevada a cabo, ya con hilos de oro, ya con hebras de cañamazo.

En América la mina comienza a ser explotada. El acierto consistirá en poner belleza en todo, porque el arte no está "REÑIDO" con la más desconcertante reali-

dad, ni las fulguraciones estéticas pueden ser opacadas por las sombras siniestras de relatos crudos y desesperantes.

La novela pastoril española experimentó cambios en América, que descarta los romanticismos eglógicos y los idilios entre rústicos amantes, para trazar cuadros más reales, tomando como escenario la exuberante naturaleza de estas tierras.

¿Cómo negar que ha influido en la técnica de la novela de costumbres del Nuevo Mundo la picaresca de la Península, que abunda en pinceladas de positiva observación y más francas desnudeces? En vano en nuestros días se ha tratado de imitar la novela rusa y su literatura de propaganda, como si nos faltara material riquísimo y pleno de interés. La sátira social, en el palenque novelístico, nos vino de España, porque aquí se derramaron a torrentes las enseñanzas del Quijote que estuvieron comentando varones eruditos y hablistas de la talla de Juan Montalvo que se propuso airosamente imitar "un libro inimitable".

La investigación humana, la de sus más humildes representantes, la realidad dolorosa de hogares oscuros, oprimidos y hambrientos, la vulgaridad de los hábitos, la matadora rutina, las sorpresas políticas, la sal ingenua nos vienen de muy lejos como herencia. No podrá desconocerse que en el carácter americano laten,

como en un sólo corazón, las virtudes y defectos de la Madre Patria, que caló honrado en estas comarcas.

Sin embargo de tales maestros, no se ha de aventurar que la novela americana carezca de originalidad, por lo mismo que el marco de sus cuadros es nuevo en cada país y está en potencia de ser adornado a su sabor por los artistas. Además, el alma nacional aspira a dibujarse con más detenimiento. La originalidad a que me refiero se resuelve a demostrarse en libros de aliento que están contribuyendo a enriquecer el género en la cuarentena de este siglo amargado por tantos trastornos y por tantas inquietudes. Especialmente en estos últimos años, la novela en América ha tomado vuelo sorprendente. El Ecuador acaso figura en primera línea.

Amplitud de tendencias descubre la crítica en la novela americana, si la comparamos generalmente con la española contemporánea, desaparecidos sus enormes representantes como Galdos, Ibáñez, Palacio Valdés, Acosta, para no citar a la Pardo Bazán y otros príncipes de las letras.

En el continente ya no hay trabas para el pensamiento ni siquiera causan mella los Santos Oficios políticos. En España la censura espiritual no se ha extinguido: parece que se apodera de las almas, comete inauditos abusos y practica autos de fé.

Falta un poquillo de serenidad a la novela americana, a causa de su ubérrima fantasía que la arrebató. El tropicalismo le afiebra a las veces y el odio político y de hogares estrechos enardece las pasiones y desfigura protagonistas. De aquí que exagera los contrastes. En sus brochadas realistas se expone a ir a los extremos.

Empero, el legado de buen humor de la Península irradia como astro de fulgores inagotables; mas en América se modifica el humorismo, con la insistencia en el matiz pesimista que con nada se contenta, que abulta deformidades, dolores y miserias, que es implacable con la burguesía, que tiene al aborígen como eterna víctima, hasta llegar a la crueldad y la barbarie en las acciones que imagina desarrollan amos y tiranos.

Innegable la vitalidad de la novela americana, por lo mismo que es juvenil. Sus más grandes representantes —Gálvez, Salaverry, Marín, Dickmann, Magrassi, Alfredo Pareja, Gallegos Lara, de la Cuadra, Icaza, Terán, Salvador, G. Gallegos, Aguilera Malta, Núñez, Fernández, Martínez de Tinajero, F. González, Monasterio, Brunet, Toruño, Barros, Pocaterra, Himiob y una legión más— continúan produciendo. Los que murieron temprano dejaron auténticos tesoros, como J. Eustasio Rivera con *La Vorágine*, que revive el drama de la selva y la tortu-

ra de los caucheros; como Teresa de la Parra, con lo que por no aburrirse anotara sutilmente *Ifigenia*; como el malogrado Horacio Quiroga que acosado por el hambre pone fin a sus días; como Bernardo Arias Trujillo, el de la pintoresca *Risarlada* que conquista aplausos al describir heroísmo y rudas faenas campestres de los negros, salpicando su plástico relato de hermosas evocaciones criollas cual la del poncho, por ejemplo. Baja a la tumba el egregio Carlos Reyles que nos cautiva con *El Gaucho Florido*, *Beba*, *El Terruño*, las breves novelas de su colección *Academias* entre las que resalta *El Extraño*, y esto que omito otros libros excelentes como *El Embrujo de Sevilla* y *La raza de Caín*.

En plena producción, el sepulcro ha devorado a pujantes novelistas que cultivaron también otros géneros, ora el cuento, ora la poesía, ora la crítica.

En cuanto al discutido tema de la limitación privilegiada o la universalidad sin límites de la novela americana, el filósofo y ensayista costarricense Moisés Vincenzi plantea esta interesante encuesta de tres preguntas: "¿Debe responder la novela americana tan sólo a un propósito vernáculo? ¿Debemos aspirar los americanos a un exclusivo ideal de novela objetiva? ¿Puede la América incorporar su obra o

sus aspiraciones artísticas a un ideal ecuménico?"

Han comenzado a llegar las respuestas, que serían acreedoras a capítulos de libro, porque encierran confesiones de fe literaria, finalidades de sustancia, votos de técnica:

El escritor salvadoreño Víctor Rubio, en contestación, interroga de esta guisa: "¿Puede lo vernáculo aislarse de lo universal en el arte? Toda novela de índole regional se encuentra reatada en el fondo a lo universal". Si las pasiones son de todos los pueblos, cree que lo vernáculo es un recurso retórico. En cuanto al objetivismo cultivado a todo trance, afirma que "lo objetivo es lo infantil en el arte".

Tendencia actual muy pronunciada es la curiosa investigación psicológica, la correría por el mundo subjetivo, el entretenimiento psicoanalítico que no ha de pecar de sistematización, como buscando adrede muestrarios patológicos de alma y cuerpo, monstruos repugnantes. En cuanto a la tercera pregunta, reflexiona Rubio que "si queremos para nuestros artistas un fundamento filosófico, no podemos sino esperar que sus obras y sus aspiraciones se enderecen hacia ideales ecuménicos".

En el libérrimo continente, afectado de indisciplina, rebelde de suyo e inconforme, falta paciencia para la meditación, pa-

ra la elaboración lenta, para el pulimento porfiado. Varias novelas se resienten de incorrección formal, desdeñan la lima del lenguaje y cierran despectivamente los códigos gramaticales.

Cuando comprendan que lo que no está bien escrito no merece la pena de ser leído, como nos han enseñado los grandes maestros, refinarán el gusto, poniendo más atención a la pureza y propiedad de la lengua castellana que nunca están reñidas con la belleza auténtica en los vergeles de las letras.

El poeta Rogelio Sotela es del parecer de que "así como no puede haber un poeta de América, tampoco puede haber sólo una novela de América". "Hay novelas americanas, agrega, como las hay de otros panoramas universales". Cree que "no puede nunca informarse de "americanismo" ni la novela, ni la poesía, ni ninguna labor intelectual del hijo de este Continente". Termina así su respuesta al torneo: "Vemos un hilo que ata a todos los escritores y poetas nuevos de la América, un elemento que hace de núcleo en la unidad y es resorte para el futuro de nuestras letras: la forma desvestida de retoricismo, una cultura más universal y medios más cumplidos de expresión."

El escritor hondureño Marcos Carías Reyes se muestra partidario de que el artista americano capte "todo lo que se

amolde a su temperamento y a sus convicciones"; pero piensa que está "en la obligación de servir a la tierra en que nació". Por lo mismo, aconseja interpretarla con sinceridad y verdad. No significa esto que ha de huír ni despreciar lo europeo, porque Europa "es madre de la civilización actual". Para comprobarlo, pone muchos ejemplos.

No por esto hemos de desentendernos de conservar la fisonomía propia de América. Ha de escribirse la novela americana "con la sangre, con el sudor, con las lágrimas y los gritos de los hombres de América, amalgamada con tierra de América, quemada por su sol y sus vientos, fortalecida con el oxígeno de sus pinares o envenenada por los miasmas de sus pantanos. Esta es la literatura realmente americana." "Ya principiamos y muy bien, expresa Carías Reyes, a recorrer el camino todavía no hollado: Don Segundo Sombra, La Vorágine, Canaima, En las Calles, Los de Abajo, El Infierno Verde, Huasipungo, Sangre en el Trópico, Doña Bárbara, y otras pocas más, son novelas americanas."

Empero, interroga Gerardo Gallegos: ¿"Dónde se ocultan los personajes de la novela indo-hispanoamericana? Encuentra en su redor gente falsificada que piensa y vive de modo cosmopolita, de tal manera que sería difícil averiguar cuál es su

patria. Estos simuladores no pueden ser protagonistas de la novela americana. Su tipo hay que buscarlo "en sus ríos, sus selvas y su cordillera". Pero juzga también que no son personajes de la novela americana ni el exageradamente repulsivo ni "el degenerado con instintos lombrosianos" ni "el vil paria, sin capacidad de esfuerzo ni de creación, el indio que hoy vegeta en los altiplanos, pero que siglos atrás forjara grandiosas civilizaciones como la azteca y la incaica". Duda que haya tanta vileza y podredumbre en sus existencias. Concluye que el novelista de América "debe ser minero del alma americana".

De las novelas de Gallegos ha dicho Rafael Pérez Lobo: "En estos dos libros **El Enbrujo de Haití** y **El Puño del Amo**, folklore y política, creencias y hechos pueblo y gobernantes, hallamos la esencia y la raíz del alma toda de América".

Después viene su novela "Eladio Segura", en la que la trama es robusta y las descripciones revelan a pintor magistral de la naturaleza ecuatoriana. Son triunfadores **Ciro Alegria** con **El Mundo es ancho y ajeno**, **Gil Gilbert** con **Nuestro Pan**, **Cecilio J. Carneiro** con la **Hoguera**, **Miguel Angel Menéndez** con **Nayar**, **Enrique Aguiar** con **Don Cristobal**, etc.

Sigan, con arte, dando trabajo a los pinceles novelescos las durezas de la vi-

da rural entre ciertas clases: llaneros, rotos, gauchos, indios, negros, campesinos de otros pueblos, a lo largo de la América; con las dulzuras de la naturaleza en algunas regiones y el combate contra su reciedumbre en otras. La complejidad de las razas blanca, negra, cobriza y mongólica que se confunden en las rudas labores del campo o en las agitaciones urbanas, en unos países con más intensidad que otros de este continente, darán margen a cuadros gráficos y costumbristas.

No sea únicamente numen preferido el que se refiere al indio y al chagra maltratados con ignominia. Apunten otros motivos: los rigores de la sequía, las faenas del riego, las demás escenas no siempre dolorosas, del indio y el montuvio, de modo que aparezcan como fieles fotografías de la atmósfera circundante. Con todo, cualquiera tentativa demuestra honda preocupación por nuestra América, revela esfuerzo, pondera el cultivo de un género tan difícil y más si el marco es nacional. Ha de ser mirado con la simpatía y distinción a que son acreedores los trabajos intelectuales de propia cosecha.

En México es enorme la propaganda despertadora del interés por el pueblo, de las escenas de las clases trabajadoras, de los frutos de la revolución. El fervor de difusión se ha servido de varios medios, sin descuidar la novela.

Si el apostolado de redención humana es plausible, no por esto el arte ha de tomar un sólo cauce, descuidando el pulimento, en el afán de deformar las figuras de las telas plásticas y multicolores, de acentuar lo grotesco, de volver más desgarradora la desdicha humana. ¿Se desdeñará la belleza, ni la porfía de acoger únicamente el proselitismo? Escondidas riquezas del mundo americano están convidando a explotarlas. Fongamos siempre en la novela amor, constancia y poesía, virtudes que idealizan la vida, sin deformarla de intento ni apartarse del realismo ambiental, porque la belleza, aun en el fondo de lo implacable y deforme, ha de ser nutritivo condimento.

NOTA.—Véase mi opúsculo "Algo sobre la América del Sur" — Quito — 1937.

NOTAS FUGACES

Quito a través de los siglos

No se necesita ser crítico de cartel ni haber logrado camaradería para exteriorizar el cariño a las cosas grandes y venerables como el santuario de arte que es Quito, la ciudad cimera, que tan glorioso nombre se ha conquistado desde antaño en América, por sus explosiones de libertad, por sus tesoros de hermosura que se conservan a despecho de saqueos y otros sacrilegios.

La técnica de la crítica y la receta de los que dominan y afaman esta difícil ciencia, nada son ante el cariño. El homenaje a Quito brota de los corazones agradecidos, que conocen cuántas virtudes encarna y custodia el hospitalario pueblo.

Por esto, con fervido amor, dedicamos algunas sinceras líneas a Quito, ante la obra exultadora de su sentimiento artístico y religioso, de la emoción que en las diversas centurias le ha embargado, de lo que los archivos perpetúan y las búsquedas prolijas propagan, en generoso desen-

terramiento de lo que parecía olvidado. Tal es el admirable libro "Quito a través de los siglos" del laureado recopilador, cronista y bibliotecario, Eliecer Enríquez Bermeo. Ha sido objeto de honroso acuerdo edilicio que pone de resalto su quiteñismo auténtico.

Estamos en presencia de las dos grandes ramas sociológicas que Scheler quería: la cultural y la real. Se ha estudiado, al par que los ideales de Quito, su determinación social que a tantos impulsos obedece.

En las páginas artísticas, llenas de láminas, facsímiles y mapas, examinamos la mimesis aristotélica y la creación genial. Arrancamos, por ejemplo, de la visita del artista francés Ernesto Charten a don Antonio Salas, su fecundidad productora y sus directivas, las raíces de la vieja escuela de pintura quiteña, transmitida por sus numerosos hijos.

La obra, con sus viajes, traducciones, descubrimientos y los relatos inéditos, nos permite apreciar lo plástico, lo histórico, lo literario, lo folklórico. Refléjense tradiciones y costumbres en el plano de las creencias, de la concepción de la belleza, de la celebración de los festejos populares, danzas, disfraces y otras escenas.

Lo colectivo y lo individual, que marcan diversos estilos, allí están viviendo inconfundibles e inolvidables en la mani-

festación y en la prueba. Seguimos también la evolución de los estilos, con la acogida de nuevas formas y de nuevos modelos que marchan característicamente de lo típico a lo universal.

Es el lógico duelo de lo histórico del arte a que se refiere Gabriel Tarde, esto es, la tragedia y comedia de la vida, con sus "movimientos rítmicos en que se suceden épocas de invención", como observa el esteta y profesor mexicano Samuel Ramos.

Siguiendo las doctrinas de Tarde, añade: "Se nota en las artes un desigual respeto por la tradición, unas veces grande y otras exiguo. Ello está en proporción contraria al carácter imitativo. Mientras menos respetuosas del pasado, más estrechamente ligadas a los objetos de la naturaleza; cuanto más libres de lo natural, más fielmente atadas a la propia tradición artística. Son dos maneras parecidas de esclavitud"....

Todo esto, y mucho más, podremos examinar, con hondura al par que deleite, en la colección de documentos históricos, viejos grabados e interesantes reproducciones gráficas del testimonio de cultura "Quito a través de los siglos".

Allí campea el respeto a los primitivos cronistas, a la suprema autoridad del proto-historiador Juan de Velasco, a la confirmación de exploradores y sabios como O-

viedo, Lord Cochrane, James Orton, Miguel M. Lisboa, Gabriel Karpef Muller, Edward Whymper, Ortiguera, Coletti, Gil Ramírez, etc.

La evocación del hermoso ayer, tan sugestivo, entrándonos por los ojos, nos llega a lo íntimo del alma, como una cédula más de simpatía y devoto rendimiento a la ciudad por excelencia: a la luminosa Quito. Afirmación de justicia y derechos irrefutables, defensa amazónica, fuente americanista, himno a Quito desde el ciclo de la Colonia, testimonio de nuestros abolengos territoriales, geográficos y artísticos es "Quito a través de los siglos", cuyo segundo tomo nos deslumbra y nos enorgullece.

Problemas Sociales

El doctor Vicente Dávila, selecto escritor venezolano, ha espigado en los campos de la historia, especialmente de la biografía. Ha exhibido en el escenario de América a sus principales próceres, con la preferencia de su cariño a los trujillanos y de Mérida. Devoto sobre todo de Miranda, ha recapitulado sus hechos y obras en un prodigio de síntesis que permite apreciar la magnitud del precursor y su amplia cultura, de las que, con tarea benedictina, reúne los documentos de su vasto archivo, congregado en catorce gordos volúmenes.

El infatigable historiador deja el escalpo de médico por la pluma del investigador social. Va por varias naciones observando llagas colectivas para extirparlas con el bisturí de la crítica, con la operación del sociólogo, con el reparo del educador, con la indicación saludable del que examina y reflexiona.

Me complacen sus anhelos por la mejora del pueblo, por la reeducación del que

necesita una mano protectora, por la suerte del hijo ilegítimo, por todo cuanto puede beneficiar al pequeñuelo desvalido. Quiera el establecimiento de excelentes hospitales, reformatorios, organismos sanitarios. Aconseja a los obreros trabajo y ahorro para su redención. Sintiendo ya con respaldo económico, alcanzan a modificar sus hábitos higiénicos que salvan a los pueblos, convencidos de que no hay plegarias ni milagros más eficaces que los de la moralidad de las costumbres y las prevenciones contra las enfermedades.

La miseria es el fatal enemigo de los niños. Dávila promulga maternidad consciente, inspirado en preceptos bíblicos y en el caso del hijo de Judá y de Suah. Educar a las obreras para que no se dejen seducir y lancen a la mazmorra social seres infortunados sin derechos ni amparo, carne de cañón o de presidio, que son terrible amenaza para la paz y salud de las naciones, educarlas es hasta misión caritativa.

Flor de angustia entre cardos de indigencia, el niño se marchita por falta de riego espiritual, en la hora temprana de la orientación y del consejo. Sus capullos de rosa, endurecidos por el cruel sufrimiento y la dura necesidad, se truecan en espinas y en abrojos que se esparcen por el tortuoso camino de la vida. Huérfa-

ros del desamparo legal y de la incomprensión de la íntima parentela, —¡oh, hijos ilegítimos, azucenas caídas en el lodo sin su culpa!— convierten los jardines personales y hogareños en presidios y panteones.

¡Oh, madres, sin piedad! . . . Pasiones ruines obscurecen vuestras auroras . . . Las aves, antes de procrear, forman su nido previsor; pero vuestras turbadas razones, en arrobato carnal, no calculan el porvenir del que vendrá! . . . En loco frenesí, que se dijera vesanía de animalidad, lanzais al mundo semilla de maldición, en campos duros, estrechos, miserables. Sois como autómatas, máquinas de próximos exterminios infantiles, como si condenárais a inculpables criaturas al rigor de la social cuchilla. No tenéis ánimo de gritar a vuestros verdugos: ¡pensad en los futuros hijos, en las víctimas del hambre!..

¡Qué distinta la educación de la mujer de otras razas! Pintando las virtudes de la mujer norteamericana, dice la escritora de Cuba Julieta Carrera, que procuran que el hogar no se amargue, sino que sea dulce y comprensible mansión de compañerismo entre cónyuges. Cita el caso de una simpática sirvientita elevada a la categoría de amiga, por su carácter comunicativo. Como el esposo notara algún comato de celos en su mujercita que de nada se quejaba, fuese a una agencia de coloca-

ciones y encontró mejor empleo para la muchacha, que se despidió en breve. Así el marido prudente alejó la tormenta doméstica. ¿Qué habría hecho otra pareja de casados de distinta procedencia, latinoamericana quizá?, se pregunta. Terminar la escena íntima en tragedia; el hombre habría abusado de la sirvienta; la mujer la habría arrojado de su casa "sin importarle el desempleo ni que éste le llevara a la prostitución o al hambre".

Con desconcierto, se comprueba que el pueblo, a mayor estrechez, es más prolijo, como en las castas inferiores. Macho y hembra no se dan cuenta de los deberes de la responsabilidad de la prole. El padre de familia no es humano ni comprende la verdadera religión natural. Buena, lógica conducta, más que el cielo, conjura flajelos sociales, por la conciencia de las madres que no acrecen las turbas infantiles, degeneradas, inmundas, espurias.

Visitadoras sociales han podido comprobar que, como por arte maléfico, irracionalmente, madres de familia indigentes se rodean de hijos, sin caer en la cuenta de lo que hacen ni dirigir su mirada al trágico mañana.

Esto observamos en muchos barrios quiteños, en aldeas paupérrimas, en reductos domésticos sin medios de vida ni frecuencia de honradas labores.

Con vigor anatematiza el doctor Dávila el crimen de la guerra. Sus sinceras y sencillas palabras recuerdan los dramas bélicos de su patria revolucionaria y los de casi toda la América. Culminan así: "Los pueblos, en inconsciencia lamentable, han venido endiosando a sus caudillos, y luego, al sentirse oprimidos, se lamentan inútilmente. Y si algunos alzan los puños en protesta armada, su coraje casi siempre es contraproducente. Debe empezarse por el principio. No glorificar a los destructores de vidas y bienes, y condenar la guerra como un crimen. Primero, porque toda gloria militar es fruto de muerte y exterminio, y segundo, porque los caudillos a cuenta de sus títulos segados en campos de sangre, continúan de por vida explotando el erario público, que heredan a sus descendientes. Y es bien sabido que el fisco se forma con los impuestos de los consumidores que viven de su trabajo personal. En el Poder los hijos de Marte hacen gala, como es lógico, de lo único que saben: imponer su voluntad. Por esto atropellan el orden y las leyes que fundamentan la sociedad civil. Y se creen grandes porque mandan a su antojo, sin más cortapisas que los límites de su ambición personal, satisfecha al punto por súbditos gozosos al despojarse de sus autonomías y garantías ciudadanas, en obsequio de su fetiche vencedor".

Así han procedido los tiranos; así se refleja siniestramente en tierra venezolana el intenso y largo dominio de Gómez, al que el doctor Dávila dedica frases lapidarias. Anota que fue el dictador más formidable de Venezuela, "sólo comparable en América al doctor Gaspar Rodríguez Francia". Así se condujeron en el Ecuador dictadorzuelos analfabetos que muna- chían brillantes uniformes.

Es inconcebible que los tiranos, casi todos, mueran en sus camas, cuando les viene en voluntad, en frase del doctor Dávila. Tal aconteció con el hijo de la Mulera en la vecindad de Capachos, tal con el monstruo del Paraguay, tal con el argentino Rosas, tal con Estrada Cabrera, y tantas caricaturas de dictadores . . .

Ni Harmodios ni Aristogitones abundan en el Nuevo Mundo, quizá por la cobardía y degeneración de las masas. Por esto, temblorosas, condenan el tiranicidio que cantara el poeta Olmedo en el alfabeto dedicado a un niño.

Pinta el carácter del autor de *Problemas Sociales* el decálogo de sus renunciaciones, desde cuando saliera del colegio de La Grita de Táchira, despojándose de prejuicios y ligas religiosas, hasta la moderación de su temperamento violento, gracias a esfuerzos de su voluntad a través de los años y de la autoeducación que se escuda con el férreo propósito.

Renunció juegos de azar, bebidas alcohólicas, hábitos mundanos, participaciones revolucionarias. Quiso ser buen esposo y magnífico padre de familia. El deber es su norma, encaminada al ahondamiento de los problemas sociales.

Graduado de doctor en Medicina, halló que no se sentía con vocación para carrera tan altruista y de tanta gravedad: no la ejerció nunca, porque prefirió otras medicinas éticas para vigorizar corazones.

INDICE

	Páginas
	<hr/>
La novela en América	3
Generalidades sobre la novela Ame- ricana	15
Notas fugaces — Quito a través de los siglos	39
Problemas Sociales	43

